

## Una dosis de Buenos Aires (por Rosana Lecay)

**A Buenos Aires. ¡Cómo no te voy a querer!**

### *Mi Buenos Aires querido*

*Sentado al borde de una silla desfondada,  
mareado, enfermo, casi vivo,  
escribo versos previamente llorados  
por la ciudad donde nací.  
Hay que atraparlos, también aquí  
nacieron hijos dulces míos  
que entre tanto castigo te endulzan bellamente.  
Hay que aprender a resistir.  
Ni a irse ni a quedarse,  
a resistir,  
aunque es seguro  
que habrá más penas y olvido.*

### **Juan Gelman**

Siempre que me preguntan si extraño a Buenos Aires, les digo que no. El sol azteca me adoptó, y permite que me deslice con fluidez por la congestión vial y en la marabunta humana de las calles céntricas.

Ante la insistencia de la curiosidad de mis compañeros de trabajo y de mis amigos, evoco algunos recuerdos de la comida y de las costumbres porteñas, pero pocas veces siento nostalgia, tampoco la extraño.

Quizá como un mecanismo de protección contra el dolor que provoca la distancia evito la añoranza. O tal vez, como dijo un poeta, nunca me fui, sino que me la llevé conmigo, y por eso su lejanía no me afecta.

Me faltan palabras que resuman mi relación con Buenos Aires, gélida en julio, sofocante en diciembre. Me faltan palabras para describir su fragancia a pan caliente y a café recién hecho. Resulta difícil definir sus colores que van del gris nostálgico al azul de la bandera. La música porteña no se canta, se lamenta y duele en el medio de pecho, como el amor perdido. La gente de Buenos Aires me provoca una profunda admiración por llevar sobre sus hombros, con gran orgullo, el estigma de ser porteño.

Mis ojos, como los de un hijo que mira a su madre, ven a esa ciudad soberbia, segura, totalmente majestuosa. Pero reconozco y acepto su *dark side*, su humor macabro y pesimista, su sentimiento de abandono reflejado en el gris de las paredes y en los desperdicios arrojados en las aceras, que ni el más conspicuo alcalde puede eliminar.

Buenos Aires fue la Meca de los inmigrantes, que con sus mejores intenciones y aspiraciones, dejaron el terruño para forjar un futuro y marcaron cada barrio y cada calle con arduo trabajo y con su nobleza. Sus descendientes olvidamos ese sacrificio, y como hijos ingratos abusamos de la herencia.

Desde una modernísima Blackberry recibí un mensaje que derritió el teflón que me protege contra el recuerdo: "¿Sabe dónde estoy? Es una escena muy porteña: varado en la estación de subte Carlos Gardel esperando que liberen la vía." Entonces, mi corazón se frunció, como el fuelle del bandoneón.

La estación de subte Carlos Gardel, antes llamada Agüero, es la anterior a Medrano, en la que bajaba para ir a la casa de mi abuela Rosita. Las estaciones de esa línea tenían azulejos de color verde, y el piso de baldosas rojas, muchas de ellas flojas y partidas. El olor a encierro y a mugre me envolvía cuando un tren pasaba. Mi madre me enseñó a viajar en ella, haciendo combinación con la línea Constitución-Retiro, y a memorizar el nombre de cada estación, para llegar a tomar el té con galletitas al departamento de mi abuela.

Quando renombraron la estación Agüero, bajo un pituco sobrero negro, colgaba la sonrisa de Gardel, blanca y perfecta. Por algo disputamos su nacionalidad con Uruguay. Gardel miraba con suficiencia, con sobrada confianza en sí mismo, con un estilo único e inigualable que cada porteño imita.

Sobre la estación, estaba el magnífico edificio vacío del Mercado del Abasto, que el hombre y el libre juego de la oferta y la demanda convirtieron en un centro comercial. El Abasto fue el barrio que Gardel recorrió haciendo famosa su voz y su estampa.

Todo buen porteño recorre librerías, ávido de iluminación, y se sienta en un café a leer y a arreglar el mundo. Los cafecitos de Buenos Aires son lugar de encuentro, de estudio, de discusión política y de terapia psicoanalítica. En los cafecitos porteños se tomaron decisiones vitales sobre la política y la economía, sobre bodas y divorcios, sobre suicidios y lanzamientos empresariales.

Detrás del ahora glamoroso Puerto Madero, el río más ancho del mundo guarda en silencio los cuerpos de los muertos de la intransigencia y la ignominia, y en impotente gesto de respeto, el porteño baja la cabeza para honrarlos.

Hoy siento nostalgia. Me urge una dosis de Buenos Aires, con todo, y a pesar de todo.

A vos que estás ahí todos los días, que sufrís los piquetes y los retrasos del subte; a vos que estás cansado de la desorganización y te harta la corrupción del gobierno; a vos que te querés ir a otro lado, a vos te pido un favor,... de mi parte, dale un beso a Buenos Aires.

21 de mayo del 2008